
PREÁMBULO

LA REFORMULACIÓN DEL FENÓMENO ARTÍSTICO EN EL
ÁMBITO DE LOS ESTUDIOS CULTURALES Y
LA CULTURA POPULAR ACTUAL

José Manuel Estévez-Saá
Universidade da Coruña

Acabamos de entrar en la segunda década del siglo XXI. El debate en torno al fenómeno artístico adquiere una nueva dimensión sobre la que incluso los medios de comunicación se hacen cada vez más eco. Yo mismo he tenido la oportunidad de plasmar muchos de los planteamientos y reflexiones que aquí expongo en las páginas del *Suplemento Cultural Dominical El Correo 2*, del diario *El Correo Gallego*. Lo cierto es que, en un momento histórico como el actual, en el que los últimos avances tecnológicos y las nuevas tecnologías de la comunicación y la información invaden casi por completo el espacio sociocultural de cualquier país de los llamados desarrollados, merece la pena hacer un alto en el camino y reflexionar sobre la esencia del Arte y la función que desempeña dentro de ese organigrama que cada vez resulta menos real y más virtual. Quizá sea el momento de preguntarnos si el Arte debe ser concebido como una noción de carácter estático y bien definido y delineado, o si, por el contrario, debe evolucionar conforme el progreso tecnológico y la modernización creativa se van imponiendo en el terreno artístico.

En este sentido, son muchos los que se preguntan qué ha quedado en el camino, qué se ha perdido – si es que se ha perdido algo – en el tránsito de la obra de arte como objeto de diseño, culto y admiración estética elitista a la manifestación artística como objeto de placer, denuncia, intercambio, fabricación y distribución industrial propia de la cultura popular y la cultura de masas.

Tampoco debemos pasar por alto la idea de arte como exponente de la creatividad humana ni como referente último con el que identificarnos y a través del cual comunicarnos, porque probablemente sean éstos los rasgos comunes existentes entre el arte en sentido clásico (pintura, música, literatura, arquitectura, etc.) y las nuevas expresiones artísticas como el *media art*, el *body art*, el *graphic art* o el propio *graffiti*, entre otras.

A lo largo de los dos últimos siglos, han sido muchas las voces agoreras que han querido predecir la muerte del arte y del artista. Ya en el siglo XIX, el socialismo temprano, el positivismo, e incluso figuras ilustradas como el gran representante

del idealismo alemán, el filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel, con sus *Lecciones de Estética*, desarrollaron ideas apocalípticas sobre el arte. Además de Hegel (a quien por cierto pertenece el adelantado para su época dicho popular “la lectura del periódico es la oración matinal del hombre moderno”), también las distintas vanguardias y neovanguardias han querido incidir en ese agotamiento y esa decadencia del arte. El impresionismo, el futurismo, los dadaístas, los abstraccionistas, las vanguardias rusas, etc., han reparado una y otra vez en una supuesta muerte sobre la que también han reflexionado las más actuales corrientes artísticas, así como intelectuales de la talla de Umberto Eco o Roland Barthes, autor, este último, por cierto, del famoso ensayo *La muerte del autor*.

Esta especie de “crónica de una muerte anunciada” – si se me permite jugar con el título de la novela homónima del escritor colombiano Gabriel García Márquez –, hay que enfrentarla, hoy más que nunca, a una decidida “voluntad de vivir” – que diría Arthur Schopenhauer o el mismísimo Thomas Mann. Y es que el arte en nuestros días ha sabido demostrar que, lejos de constituir un producto cultural en extinción, ha de ser interpretado como una rica y variada gama de expresión humana. De hecho, los propios postulados de un decimonónico Hegel deben continuar siendo reinterpretados desde la óptica del siglo XXI para ver si efectivamente aludían a un “fin del arte” o más bien a una agudamente augurada “reformulación” y “reconceptuación” o nueva conceptualización del mismo.

Las nuevas tecnologías, así como las tendencias creativas de última generación que necesariamente han de cohabitar con las formas más puras y clásicas del arte (como las denominarían los esencialistas), demandan novedosas técnicas de percepción artística, e innovadoras perspectivas críticas que sirvan como vehículo de difusión a esas reformadas expresiones culturales. Quizá debamos ser tan sutiles como para establecer un fructífero y enriquecedor diálogo entre *el Arte* con mayúscula y en sentido clásico, y *el arte* en minúscula y como concepto más reciente, rompedor y alternativo.

No podemos ni debemos olvidar que el propio Arte como noción dialéctica y estética ha sufrido importantes transformaciones con el paso de los siglos. Aplicado al estudio de las matemáticas, de la medicina y de los ángulos en un primer momento, en la época medieval y, más concretamente, en el ámbito universitario, se ampliaron hasta siete sus campos de estudio. Es por ello que hablamos de las “siete artes clásicas” o las famosas “artes liberales” (gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, música y astronomía), aunque algunos las prefieran asociar a las famosas “siete musas”, con lo que hasta finales del siglo XVII debemos entender como arte la historia, la poesía, la comedia, la tragedia, la música, la danza y la astronomía. Posteriormente, con la diferenciación en el siglo XIX entre arte y ciencia, gracias al papel decisivo que jugó la Royal Academy de Londres a finales ya del XVIII en la distinción entre artista, artesano y científico, y debido a la inclusión de aspectos propios del arte como la creatividad, la imaginación, la sensibilidad o el temperamento (nociones éstas ya desarrolladas a partir del Periodo Romántico), la idea de arte sufrió una serie de revoluciones que no han cesado hasta hoy día. Así, sin apenas darnos cuenta, hemos pasado de las “siete nuevas artes” (arquitectura,

cine, danza, escultura, literatura, música y pintura) a una serie de manifestaciones creativas que, por el fortísimo componente cultural que soportan, han de ser necesariamente reconocidas como arte en toda su esencia. No me refiero sólo al teatro, a la fotografía, a la televisión o a los medios de comunicación (*media art*), sino a la moda, el diseño, el cómic, el arte gráfico (*graphic art*), la publicidad (*ad art*), los videojuegos y el cine experimental (*video art*), el arte corporal (*body art*), el arte digital (*digital art*), el teatro de participación (*happening* o *performance art*), el *net art*, el *pixel art*, o el propio grafito (*graffiti*), etc.

Entre estas nuevas fórmulas de expresión artística llama la atención el desarrollo que ha tenido en los últimos años el arte digital, que ha constituido toda una revolución en el fondo y en la forma. Nuevas técnicas de producción asociadas a avanzados soportes digitales permiten crear y recrear formas antes inimaginables y provocar efectos inesperados que llegan incluso a afectar a nuestro propio concepto espacio-temporal, como las fórmulas de animación o movimiento espacial en tres y hasta cuatro dimensiones. También se ha desarrollado cuantitativa y cualitativamente el *video art* que alude tanto a las nuevas técnicas aplicadas al cine o a la televisión más experimental como a los propios videojuegos, que constituyen ya todo un campo de investigación e interpretación artística. Por su parte, a través del diseño gráfico, ilustradores, dibujantes, fotógrafos, editores, maquetadores y todo tipo de artistas y creadores de vanguardia han conseguido revolucionar aspectos que afectan a la vida cotidiana del individuo, como son el diseño editorial, las imágenes corporativas, la planificación *web*, o los soportes multimedia. Todavía más curioso resulta el llamado *body art* o arte corporal como forma de arte conceptual que utiliza el cuerpo humano como base o lienzo sobre el que desarrollar el impulso creativo del artista que posteriormente será plasmado y difundido con la ayuda de otras fórmulas de expresión y difusión gráficas. Componentes plásticos, pinturas, tintes, aceites, tatuajes, perforaciones o *piercing*, etc., constituyen los materiales con los que trabajar la superficie corporal del individuo. Finalmente, si el *net art* utiliza Internet como soporte artístico, y el *pixel art* sustituye al puntillismo clásico y transforma los antiguos pinceles en programas informáticos, el arte callejero o grafito (*graffiti*) se desarrolla sobre mobiliario urbano con o sin permiso del dueño del inmueble, muro o pared, y transmite un contenido generalmente político o social. Tan exitosa ha sido esta forma popular de manifestación artística alternativa que hoy día ya podemos hablar de numerosos subgéneros o tendencias dentro de su ámbito.

Hemos de entender que el arte alude a un producto en esencia cultural, a una manifestación artística que emana de las actividades creativas y los modos de expresión del ser humano. Su carácter individual y creativo nos permite hablar de identidad personal o subjetiva. Su fin colectivo nos facilita entender la posterior relación que se establece entre un “yo” creador y otro receptor o espectador; y este vínculo entre ambos genera uno de los fines primordiales del arte ya defendido en su momento por Tolstoy, la comunicación. Sea como fuere, cuando hablamos de identidad personal desde un punto de vista filosófico, aludimos a la esencia del individuo consciente de sí mismo y de su presencia en el mundo. Es precisamente

esta esencia lo que hace al hombre y a la mujer artistas únicos. Sin embargo, esta singularidad es constantemente moldeada, determinada, modificada, conformada y complementada por una serie de circunstancias culturales, ideológicas y sociales que le afectan de una manera radical más o menos directa y consciente. El resultado es un carácter que en esencia es único, pero que no deja de transmitir una sensación de continuidad y afiliación con y hacia aquello que lo rodea y de lo que forma parte.

Éste es el objetivo de aproximaciones críticas y métodos de análisis como los Estudios Culturales y la Teoría Social, ser capaces de estudiar y entender al individuo en un contexto de pertenencia a un grupo o una cultura determinada con la que se produce una directa y decisiva identificación. Las distintas manifestaciones artísticas, con sus diversos géneros y variedades, constituyen para el ser humano una referencia con la que se produce una identificación tanto desde el punto de vista creativo como desde el de consumidor de esos mismos productos culturales.

El resultado de todo ello es la conformación de una “identidad colectiva”, una “conciencia colectiva” a la que sólo se puede acceder a través de una serie de prácticas culturales entre las que destacan las que hace unas décadas el escritor y crítico de arte John Berger etiquetó como “apreciación imaginativa” y “perspectiva histórica”, y en las que facultades clásicas como la memoria y la imaginación constituyen un valor fundamental.

En estos momentos, además, nos encontramos con una nueva realidad construida a partir de una serie de transferencias y desplazamientos generados por el momento de cambio raudo y radical en el que nos encontramos inmersos. La modernidad primero, con su carácter innovador y rompedor, y la posmodernidad después, con su componente trasgresor y aperturista, han generado una realidad global (el fenómeno de la Globalización) en la que se premia cada vez más la diversidad cultural, la difusión artística, la influencia intercultural y la competencia interdisciplinar. Así, nuevos conceptos como multidisciplinaridad, interdisciplinaridad, transdisciplinaridad o crosdisciplinaridad, no hacen sino tratar de dar respuesta a una serie de pugnas, apropiaciones, reapropiaciones y diálogos que se establecen a lo largo y ancho del mundo en el terreno artístico. En la era de la comunicación global, lo que un artista crea en un reducto del mundo, a los pocos minutos se conoce o trasciende al otro lado de ese mismo mundo tan amplio y tan pequeño a la vez.

La posibilidad que las nuevas tecnologías de la comunicación y la información nos dan para estar al tanto de lo que acontece allende los mares hace que las tendencias artísticas más innovadoras no permanezcan cerradas al mundo hasta que el paso del tiempo o el encuentro fortuito con un cazatalentos, un mecenas o un crítico de arte consiga exportarlas más allá de sus fronteras culturales. Al mismo tiempo, esas nuevas corrientes creativas contribuyen al enriquecimiento de las de más allá y al propio entendimiento y comprensión de otros modos de ver el mundo y concebir el arte que por lejano nos resulta desconocido. Este trasvase cultural, en un momento de grandes tensiones internacionales como el que vivimos, resulta básico para ser capaces de superar prejuicios y fomentar y difundir nuevas formas de entender nuestra propia presencia en el mundo. Al mismo tiempo, la creación

artística se enriquece gracias a las aportaciones de nuestros congéneres lejanos tanto a nivel temático como formal. Esta experiencia que es cada vez más real ha provocado que los distintos modos de creación artística se solapen y complementen. La raíz de todo ello surge de la predisposición para experimentar el mundo como algo desconocido pero susceptible de ser analizado desde nuestro propio posicionamiento en el mismo. Y el logro será mayor cuanto más desconocido, ocultado u obviado haya sido lo que termine por ser descubierto o compartido. Ese tránsito entre lo local, lo regional, lo nacional y lo internacional representa la propia esencia de ese otro fenómeno que viene necesaria y positivamente asociado a la globalización, la hibridación.

Con la hibridación se pierden las esencias originales y se crean otras quizá más ricas, quizá distintas, pero sin duda más ajustadas a la realidad que nos ha tocado vivir. Todo ello genera una complejidad, que también debe ser entendida en términos positivos, pues hace al ser humano más racional, más multidimensional, fomentando el avance en el pensamiento antropológico y filosófico, motivando debate y estudio, demandando nuevos análisis identitarios que nos ayuden a entender al hombre y a la mujer del siglo XXI en su totalidad y su territorio.

Quizá resida en esta realidad no exenta de complejidad la razón por la cual las y los “críticos de arte” actuales gozan de una formación necesariamente más amplia que sus predecesores; porque han de ser capaces de conocer no sólo el pasado del arte sino también el presente para poder así enseñar al mundo la magia de la propia esencia creativa, de la identidad colectiva del arte. Si las manifestaciones artísticas definen al ser humano en su complejidad, con sus anhelos y sus angustias, sus inquietudes y expectativas, los críticos de arte deben ser capaces de dar buena cuenta de todo ello y convertirse en los portadores del pensamiento actual, en los verdaderos intelectuales del siglo XXI.

Así, independientemente de que estemos de acuerdo con Bergson y entendamos el arte como comunicación, con Kant y apreciemos el arte como forma creativa, o con Aristóteles y consideremos el arte como *mimesis*, representación o recreación de lo que nos rodea, lo que es evidente es que ha sido gracias a las nuevas tecnologías, a la imprenta, a la litografía, a la fotomecánica, a la impresión *offset*, a la serigrafía, a la planografía, a la rotativa, al *copy art*, al ordenador, a la impresión fotográfica, a Internet, a las técnicas de reproducción, a la animación, a la prensa digital y escrita, etc., que el arte con el paso del tiempo es más *energeia* y *ergon* a la vez, y que se ha democratizado de una manera que no tiene ni debe tener marcha atrás. Además, hemos de tener bien claro, hoy más que nunca, que el arte (a diferencia de lo que ocurre con el axioma de la energía y la materia), se crea, se destruye, se transforma, se deforma y se reforma.

Durante los últimos meses, un nuevo debate en torno a qué es y qué no es arte ha vuelto a colarse en los foros intelectuales de medio mundo. Algunos consideran que esta nueva polémica generada a propósito de las nuevas formas de manifestación artística emerge de la evidente devaluación del proceso creativo, especialmente con la proliferación de expresiones alternativas surgidas de tendencias radicales dentro del arte abstracto, conceptual y de denuncia.

En la degradación del arte, la creatividad desarrollada a partir de motivos escatológicos o temas irreverentes ha tenido mucho que ver. También la agresiva entrada de la obra de arte en los mercados internacionales más capitalizados ha provocado que la pieza artística pierda su esencia como epítome de cultura para transformarse en sinónimo de mercantilismo, comercio y sometimiento al capital. Un nombre o una firma parece valer más que la propia obra. Asimismo, las exposiciones que se realizan en ciertos emplazamientos, galerías y museos, basadas en fórmulas conceptuales extremas, en las que resulta difícil para el espectador apreciar el esfuerzo del artista, no hace sino dañar tanto la imagen del creador, como el valor de su creación. Véase como ejemplo una de aquellas famosas noventa “latas” con excrementos del artista Piero Manzoni, que llegó a alcanzar los 75.000 dólares, y cada gramo de las cuales, hoy día, según la revista Forbes, puede valer hasta 1.000 dólares.

La prensa, como es natural, se ha hecho eco de este desasosiego generalizado. Escritores, periodistas, críticos y pensadores parecen haberse unido en esta lucha por recuperar el sentido de un arte que, de no ser protegido, terminará por ahogar el oficio y el sentido último del impulso creativo como una respuesta ante el mundo tanto interior como exterior del artista que acomete la obra, y que, con su arte, se convierte en testigo fidedigno del periodo que le ha tocado vivir. Es evidente que hablo del arte en sentido genérico, incluyendo bajo ese término expresiones tales como la arquitectura, la música, ciertas formas de creación literaria o, especialmente (por haber sido éstas los detonantes del enfado generalizado), la escultura y la pintura. Aunque, sin duda, nuevas fórmulas creativas tales como el *media art*, el *body art*, el *graphic art*, el *ad art*, el *video art*, el *net art*, el *pixel art* o el propio *graffiti* ha hecho que el fenómeno artístico haya tenido que reformularse y reconceptualizarse de forma radical en las últimas dos décadas. Lo que hoy se discute es si el resultado de ese complejo proceso de renovación es el esperado, o si, por el contrario, resulta cada vez más evidente el desprestigio que persigue, de forma casi obsesiva, al mundo artístico actual.

El pasado cinco de octubre, en su columna habitual de *El Correo Gallego*, Demetrio Peláez reflexionaba muy astutamente sobre el modo en que ciertas manifestaciones artísticas pretendían “alcanzar la categoría de pieza creativa y valiosa”. En su artículo, irónicamente titulado “El arte que encierra una tubería”, Peláez insistía en la importancia de “juzgar con sensatez, profesionalidad y valentía”, sin miedo al qué dirán o “por temor a ser tachados de conservadores”. La clave parece estar en esa especie de absurdo esnobismo en el que parecen haber caído tanto espectadores como críticos. El resultado son obras efímeras, que no dicen nada, que no conmueven ni transmiten, y que el tiempo suele borrar, quizá por el bien de todos. Afirmaba Demetrio Peláez que “ciertas cosas puede crearlas casi cualquiera, y otras, en cambio, sólo pueden ser creadas por los verdaderos artistas, por los genios que logran innovar, emocionar y dejar sin aliento” (*El Correo Gallego*, 05/10/10).

También ha querido sumarse al debate el ensayista y crítico cultural marsellés Marc Fumaroli. El pensador francés, polémico como siempre, manifestaba recientemente en el transcurso de una entrevista a Martí Font para *El País*, con motivo

de la presentación en Barcelona de su libro *París – Nueva York – París. Viaje al mundo de las artes y de las imágenes*, que “no debemos llamar arte al arte contemporáneo”. Esta frase resulta llamativa, especialmente viniendo de un hombre al que, como él mismo reconoce, le “interesan aquellos que van contracorriente” (*El País*, 28/09/10). Marc Fumaroli insiste en el nuevo escenario creativo mercantilista que el arte como espectáculo y el arte como negocio han generado. Por su parte, el escritor Joaquín Marco, hablaba recientemente de la crisis que está afectando a la cultura. Así las cosas, según Marco, “los pocos que pretendan vivir del arte o de la palabra escrita tendrán más que dificultades, salvo los que estén ojo avizor a lo que se lleva o se quiere ver u oír” (*La Razón*, 02/05/10). Quizá aquí podamos encontrar una de las claves del desgaste artístico. La presión que el mercado o la sociedad genera sobre el artista resulta decisiva en tiempos de crisis, ya sea económica, como la actual, o de valores, como la actual también.

De lo que no cabe duda es que ciertas manifestaciones artísticas actuales parecen más un atentado contra el arte que la expresión de un impulso creativo. A partir de ahora, cuando debatamos sobre los nuevos fenómenos artísticos o sobre el arte de última generación, tendremos que decidir si hablamos de transformación, adaptación y aperturismo; si lo que queremos es argumentar sobre su banalización, vulgarización o degradación; o si, por el contrario, lo que deseamos insinuar es su cosificación, simplificación o mercantilización. Sinceramente, cualquier otra opción resulta más que arriesgada, por no decir ilusa. Especialmente si comparamos la filosofía vital que rodea al arte contemporáneo con los principios antes señalados y postulados en su día por un Bergson, un Kant, o un Aristóteles. El tiempo, como siempre, será testigo y dictará sentencia.